

MARZO

Programa 7

Viernes 5, 20:30 hrs.

Domingo 7, 12:30 hrs.

Enrique Barrios, director huésped

Compañía de Danza Clásica y Neoclásica de Jalisco

Lucy Arce, Álvaro Carreño Viñas, Maclovia Carrión, Alicia Iturria,

directores

Rafael Ordóñez

1810, Marcha triunfal

Charles Gounod

La noche de Walpurgis

Silvestre Revueltas

La Noche de los Mayas

- I. Noche de los Mayas-Molto sostenuto
- II. Noche de Jaranas-Scherzo
- III. Noche de Yucatán-Andante espressivo
- IV. Noche de encantamiento-Tema y variaciones

Rafael Ordóñez

1810, Marcha triunfal

Por lo pronto, la identidad y perfil de Rafael Ordóñez son un misterio. No se le encuentra en ninguno de los diccionarios y enciclopedias habituales, y las referencias a su respecto en otros documentos brillan por su ausencia. De modo que, como en otras ocasiones, debo recurrir a los conocimientos e intuición del asiduo compositor y musicólogo Aurelio Tello, quien con su trabajo ha desentrañado a lo largo de los años algunos interesantes misterios musicales. En este caso, su contacto con la obra *1810, Marcha triunfal* de Rafael Ordóñez ocurre en el momento en que el director de orquesta Enrique Barrios pone en sus manos la partitura de la obra, solicitándole que la revise, la corrija en su caso y produzca una versión digitalizada para su ejecución.

Durante una breve pero ilustrativa charla, Aurelio Tello comenta de entrada que este Rafael Ordóñez pudo haber sido, quizá, miembro del Conservatorio Nacional de Música, o pudo haber pertenecido a los círculos culturales oficiales durante el porfiriato. En tal caso, su marcha orquestal quizá fue interpretada en el año de 1910 con motivo de las celebraciones del primer centenario de la independencia de México. El musicólogo afirma haber recibido una partitura manuscrita (de la que ignora si es autógrafa o es una copia) en bastante buen estado, redactada con pulcritud y sin errores flagrantes. La escritura es un poco apretada, pero es clara. *1810, Marcha triunfal* está escrita para una orquesta convencional en la que sólo destaca la presencia de cinco trompetas, con lo que el sonido orquestal se acerca al de una banda. La obra está estructurada en una sencilla forma tripartita A-B-A y tiene el espíritu de una fanfarria. La parte central es más lenta que las otras dos, y en la tercera, el autor retoma algunos elementos de la primera. A lo largo de la obra, Ordóñez cita pasajes

del *Himno Nacional Mexicano*, como para no dejar duda de la intención triunfal, festiva y patriótica de la composición.

El lenguaje musical de Ordóñez es de corte romántico, armónicamente muy tonal, y el espíritu de la obra es efervescente y triunfalista. Aurelio Tello comenta que se trata de una obra que no está a la altura de las composiciones de los más destacados músicos mexicanos de la época porfiriana. Así, Ordóñez parece haber asimilado las convenciones del romanticismo afrancesado de la época, pero de una manera menos avanzada y menos audaz que algunos de sus contemporáneos más ilustres. Esta partitura suya queda colocada, entonces, en lo que Aurelio Tello llama la nebulosa zona musical que hay entre el porfiriato y el México moderno. ¿Acaso se tocó *1810, Marcha triunfal* en septiembre de 1910 durante las celebraciones del centenario? No hay certeza de ello; en todo caso, tales celebraciones fueron presididas por Porfirio Díaz, quien apenas un par de meses después ya iba de camino a su exilio europeo.

Cabe señalar aquí que Aurelio Tello coordina para el Sistema Nacional de Fomento Musical (cuyo director es Enrique Barrios) un proyecto cuyo objetivo es rescatar, transcribir, interpretar y dar a conocer obras de compositores mexicanos del período independiente, entre los que se encuentran músicos como Delgado, Juana, Bustamante, Manterola y Aldana. El rescate de esta partitura de Rafael Ordóñez forma parte de este proyecto. Al final de nuestra charla, Aurelio Tello hace una última especulación: quizá Ordóñez fue un director de bandas, y quizá de ahí le vino su eficaz conocimiento de las marchas y otras músicas similares.

Por Juan Arturo Brennan

Silvestre Revueltas

Compositor, 1899-1940

Imagino una música para cuya transcripción no existen caracteres gráficos, pues los conocidos no alcanzan a decirla, a escribirla. Sueño con una música que es color, escultura y movimiento.

Nací... creo que en un lugar cercano a las montañas, pues el recuerdo más lejano y vivo de mi infancia me ilumina un viaje por la sierra, amarrado a una mula, era muy pequeño, durmiendo el sueño bajo tiendas de campaña y sobre el suelo, cazando pajarillos con rifle de salón, recogiendo frutas en la madrugada, oyendo los lobos en la noche. Desde entonces me quedó un aromático y tendido amor por los pinos, las montañas y los horizontes.

Era muy pequeño, tres años, me cuenta ella... cuando por primera vez oí música.

Era una orquestita de pueblo que tocaba la serenata en la plaza. Yo estuve de pie escuchando largo tiempo y seguramente con una atención desmedida, pues me quedé bizco. Y bizco estuve por tres o cuatro días, de niño (¿también de hombre?) preferí siempre dar tamborazos en una tina de baño.

Y seguí soñando con música y países remotos, recuerdo dolorosamente el solfeo, mis lágrimas cayeron sobre el Eslava [método de solfeo], leí libros de viajes con lágrimas y Do, Mi, Do, Mi, Sol, tenía seis años, quería ser misionero en remotos lugares, predicador y músico, me gustaban las vidas de los santos y de los bandidos.

Después toqué el violín, empecé a estudiarlo allá por Colima, por Ocotlán, por Guadalajara. Mi pobre padre, que era un poeta de vida humilde, nos llevaba de un lado para otro, porque sus negocios comerciales andaban de capa caída, amaba el arte y la poesía. A él le debo lo mejor de mi vida interior y mi mejor amor por los hombres.

Hice mi primera aparición en público cuando tenía once años, en el Teatro Degollado. Mi padre, que tenía un vago temor de que la música no me diera para comer, me hizo estudiar teneduría de libros, taquigrafía, aritmética y ciencias ocultas, sin ningún resultado.

Silvestre Revueltas

Este es el relato del inicio de su vida, escrito por el compositor más importante, nacido en estas estériles tierras del arte mexicano, en donde el artista convertido en vigorosa semilla crece pese a la falta de la mano amiga que la abone, levante el surco, o le regale unas contadas gotas de agua.

Doña Ramona Sánchez, esposa de Don Gregorio Revueltas, siempre deseó tener un hijo artista, cual semillero de artistas este se le concedió en cuatro ocasiones: Silvestre (músico), José (escritor), Fermín (pintor) y Rosaura (actriz).

Silvestre, después de su primer contacto con la música a sus escasos tres años, armado con una tina de lámina y con un par de leños como baquetas, inicia su aventura por la música, su padre con admiración al descubrir el talento natural, decidió apoyarlo, consiguiéndole a su primer profesor de música Francisco Ramírez.

Don Gregorio, contando los pesos y los centavos, ahorrados con muchos sacrificios le compró un traje nuevo para su concierto de presentación en el Teatro Degollado, los centavos que le sobraron, los gastó al día siguiente en comprar los periódicos que reseñaban la actuación del niño Silvestre.

Entre el violín y diferentes asignaturas escolares, Silvestre pasó de la niñez a la juventud. En 1913 consigue el permiso de sus padres para viajar a la ciudad de México e inscribirse como alumno del Conservatorio Nacional de Música.

Durante su estadía como estudiante, sufrió de muchas privaciones a causa de las dificultades que implicaban su manutención en la capital. Finalizados sus estudios en el conservatorio, emigró a los Estados Unidos para continuar su preparación musical en el Chicago Musical Collage. Nuevamente alejado de su familia y ahora de su patria, Silvestre transforma estas ausencias en madurez y fortaleza para su espíritu; sin embargo su corazón permanece vulnerable al canto de una soprano diez años mayor que él. Con el pretexto de no

convertirse en un obstáculo para su carrera, la cantante lo abandona, dejándolo hundido en una amarga depresión.

De regreso a México, ofrece numerosos conciertos como violinista, los aires de la capital y de la provincia actúan como milagroso tónico medicinal para su corazón. Ya curado de esos males en 1924 regresa de nuevo a Chicago con el propósito de pulir su técnica violinística, logrado este objetivo, Silvestre se da cuenta que el medio para expresar cabalmente sus sentimientos es la composición.

Incansablemente dedica todo su tiempo en sacar a la luz todo lo que encuentra en las profundidades de su alma y lo traduce artísticamente en los pentagramas, con el corazón abierto por el proceso creativo sufre otra decepción amorosa que lo confunde y lo conduce a casarse con una mujer a quien no le importaba su calidad de artista, sino solamente ve en él la vía para verse cumplidos todos sus antojos y caprichos. Al poco tiempo el matrimonio se disolvió.

Con el tiempo, Silvestre se casó de nuevo y por segunda ocasión no encontró el complemento a su sensibilidad de artista.

El solfeo que con lágrimas aprendió de niño, en compensación le trajo en su alumna de esta materia a la anhelada esposa, su Ángela.

La vida musical de Silvestre se agita en una constante actividad musical. Acompañado al piano por Carlos Chávez, son frecuentes los recitales, tanto en México como en los Estados Unidos, es nombrado subdirector de la recién fundada Orquesta Sinfónica de México y maestro del Conservatorio Nacional de Música.

Durante los años treinta en un periodo de apenas diez años escribe sus mejores obras: *Sensemaya*, *Redes*, *Cuauhnáhuac*, *Homenaje a García Lorca*, *Janitzio* y *La noche de los Mayas*, todas ellas con la inconfundible fuerza y original magia en perfecto equilibrio gracias a su genio.

Sin embargo es desplazado de los proyectos importantes, permaneciendo en México al margen del clan de quienes administraban la cultura, condenándolo a la pobreza. Los Revueltas siempre fueron incómodos al sistema, caracterizados como libres pensadores, simpatizantes con el socialismo, ácidos críticos del sistema e indiferentes a las instituciones.

Sumado al pegajoso barro del sistema que dificultaba su paso, se agregaba su propio demonio, personificado en el alcohol, de quien Silvestre ciegamente era súbdito.

Una lluviosa tarde de octubre, el mismo día del estreno en el Palacio de Bellas Artes de su Ballet *El Renacuajo Paseador*, en un sanatorio de la ciudad de México, una neumonía en complicidad con el alcohol, trágicamente se llevaron a nuestro niño del tambor. Y no se puede describir de otra manera sino en el contexto de tragedia, con ese talento morir a los cuarenta años víctima del

alcohol, ver cegado de un tajo el árbol que ya nos regalaba su fruta madura, es una verdadera tragedia haber perdido así a este genio musical de México.

La sociedad está poblada de gente que aúllan, gritan, gesticulan. Lluve con esa ignominiosa lluvia, que no se sabe si son lágrimas o agua. Yo sé que nunca llegarán las cosas cuando se las espera. Ha dejado de llover, pero nadie viene, no faltan pretextos. ¿Si apareciera alguien? ¿Qué sé yo? Alguien. Creo que casi lloraría. Pero nada. Sólo el infinito silencio del jardín y el quejarse de los enfermos... Quién esperaba vino. Yo la había insultado tanto, la había pisoteado en mi pensamiento, mancillado, escarnecido, todo. Pero cuando la ví, como es mi vida, no le pude hacer nada y sólo pude cogerle las manos, verle los ojos, verla a ella.

Siempre a cada nueva caída, es la misma aspiración. ¿De qué sirve tanta palabra vana? Hay que callar y morir.

La impaciencia es vida. Sólo la atonía es muerte. Noches sin horas. Sólo el horario del dolor es guía. Sólo la sombra marca los minutos. Silencio. Sólo el silencio oye latir un corazón que grita sin sonido.

Silvestre Revueltas.

(Párrafos del Diario escrito en el sanatorio del doctor Falcón (1939), donde estuvo internado por una crisis alcohólica).

La noche de los Mayas

El siglo XIX quiso despedirse en su último año dando a luz a los dos principales músicos nacidos en México, Carlos Chávez y Silvestre Revueltas, pese a circunstancias que los confrontaron el uno en contra del otro, ambos se identificaban en la búsqueda de la identidad musical de nuestra patria. Con ellos y a través del nacionalismo, México se adentró en las complejidades sonoras del siglo XX.

En la década de los años treinta floreció el nacionalismo expandiendo su influencia en todas las artes, no había muro a salvo de los pinceles de David Alfaro Siqueiros, de Diego Rivera y de José Clemente Orozco, quienes incansables dibujaban el México post-revolucionario.

El arte cinematográfico también proyectó las imágenes de nuestro campo, nuestras nubes y nuestra gente.

Chano Urueta (1895-1978), director de cine, encargó a Silvestre Revueltas la música para su película *La noche de los Mayas*, estrenada el 1ro. de enero de 1939, actuando como protagonistas Stella Inda y Arturo de Córdova, la trama relata la aventura de un hombre blanco que se interna en la selva yucateca y descubre una aldea en la que sus habitantes viven de la manera de los antiguos mayas, la historia es la de un joven enamorado de la hija del jefe de la tribu. Todo marcha bien para él, hasta que este hombre blanco llega a la población y seduce a la joven. La relación entre ellos provoca el enojo de sus deidades y castigan al pueblo con la escasez de lluvia, por tal motivo la

muchacha es sometida al juicio de los dioses, posteriormente es azotada y condenada al sacrificio. El joven nativo va en busca del hombre blanco y lo mata, luego lleva su cuerpo donde se está efectuando la ceremonia de sacrificio. La joven, al ver el cadáver de su amado, consternada se arroja al vacío.

Parte de esta música está inspirada en las desafinadas y a veces grotescas bandas pueblerinas, Revueltas sintetiza el espíritu de estos músicos, regidos por el concepto del arte medieval en donde importa más la esencia que la forma, con este original lenguaje Revueltas crea una obra maestra.

Veinte años después, el maestro José Ives Limantour se dio a la tarea de organizar y editar la obra en una suite de concierto.

En este mismo Teatro Degollado fue el escenario de la presentación de la suite sinfónica La noche de los Mayas el 3 de enero de 1960, con la Orquesta Sinfónica de Guadalajara, dirigida por el propio maestro Limantour.

Por Felipe de Jesús Gutierrez